

Los anfitriones

Francisco Pulgarín Hernández

|

La voz de Laura de pronto se hizo más cálida; alejada por un instante de su frialdad habitual, pareció como si reflexionara en otra cosa. Luego recobró su tono característico y, sin apartar la vista de la ciudad, comenzó a jugar con el objeto que tenía entre las manos.

De pronto una cadencia deliciosa de notas: *scherzo: molto vivace, allegro ma non troppo*, Dvorak, Brahms, un fluir incesante de notas, un melodioso acercarse al final. De pronto la voz de Laura era la misma voz que había estado persiguiendo durante años, era la caricia que en vano habían intentado recuperar. De pronto: *Adagio*: lamentoso, regreso al principio, a los tonos de siempre. La voz de Laura en fuga.

Advirtió cómo su voz, de pronto, se hizo más dulce. Sabía que para recobrar su tono normal era preciso alejarse de la ventana y de la nostalgia que le producía contemplar la tenue extensión de luces en que, a esa hora, se convertía la ciudad. Sabía que al voltearse chocaría con la mirada vidriosa de Felipe, con el apartamento, con todo lo que había sido su vida con él. Como si se tratara de insectos flotando en el aire, alejó sus pensamientos con un movimiento de manos, antes de procurarse el tono que buscaba para su voz y de comenzar a jugar con el objeto frío que tenía en sus manos.

La mirada de Felipe se había quedado absorta en el ir y venir de las manos de Laura. Sumido en sus movimientos la veía avanzar por la habitación, ensimismada en un monólogo en que sólo contaban sus manos y el rodar silencioso de su voz. Laura iba de un lado a otro

tratando de no revelar que había olvidado el sitio donde estaba el champán. Felipe, agitado, le alcanzó la copa mientras la veía tenderse en el sillón.

Notó con furia, en la mirada de Felipe, el ejercicio de introspección. Notó cómo sus manos desempeñaban para su esposo el papel de un encantador de serpientes; no podía detener aquel fluir preciso de movimientos en el que, por primera vez, descubría un intento de crueldad. Siempre le inquietaba que Felipe alejara la mirada de su rostro y que tratara, como a todas, de convertirla en esas manos que detestaba porque rompían la armonía de su cuerpo. Pero, ahora, el saberlo víctima de su encantamiento, en lugar de atemorizarla, le agradaba. Laura, nerviosa, sorbió un poco de champán antes de dejarse caer sobre el sillón.

No sabía precisar el momento exacto en el que Laura había sido desplazada por el movimiento de sus manos y por la cadencia de su voz. Los brazos de Laura eran delgados, eran blancos, eran tersos, eran brazos que en cada movimiento se rediseñaban, tomando distintas formas y colores. Los brazos de Laura se estilizaban, se alargaban y contraían en el ballet frenético marcado por el ritmo de su voz. Los brazos de Laura derivaban en sus dedos cortos y delicados, exquisitos dedos que surcaban el aire desparramando aristas diminutas. Eran dedos finos, delgados, poseían la fragilidad que cada tecla requería, marcaban el contrasentido de la partitura que él apenas lograba descifrar. Los dedos de Laura apresaron lentos el fino cristal de la copa de champán que luego llevaron hasta sus labios. Los dedos de Laura a veces eran blancos, a veces negros,

pero nunca eran sólo dedos. Sin embargo, Felipe sabía que su atenta mirada de coleccionista no iba sólo tras los brazos o los dedos de Laura, capaces de corroborar la existencia de una anatomía perfecta. Cuando la vio desplomarse en el sillón, comprendió lo que buscaba con su mirada.

El cuerpo de Laura se precipitó sobre el sillón.

Sintió la caída pesada de su cuerpo, el tremendo derrumbe de sus miembros.

Contempló cómo se tendía en el sillón. Sabía que, como en el pasado, cada movimiento que ella ejecutaba hacía parte de una danza precisa, cuyo único objetivo era sacarlo de sus meditaciones e imponerle el sutil encanto de su cuerpo.

Hasta el salón ascendía el eco insomne de la ciudad.

Pensó que no había diferencia entre el sonido de la ciudad y el que producían las burbujas de champán descendiendo por la oscuridad de su esófago, hasta romperse en las paredes del saco estomacal. Felipe no era más que una mancha difusa; Laura veía cómo el traje azul de este se difuminaba en el sillón rojo desde el que la miraba. Hacía años le gustaba jugar a predecirlo. Aquella noche no era la excepción, no tenía por qué serla: Felipe, invariable, al terminar su trago descubriría en el fondo del vaso, con su acostumbrado gesto de resignación, la soledad de los cubos de hielo. Después, permitiría que sus dilatadas pupilas la miraran hasta reconocerla. Luego su mirada emprendería un viaje por cada lugar del apartamento, que de un tiempo para acá era una suerte de prisión. Minucioso, verificaría también cada uno de los objetos que había en él y que, a su modo, contaban su historia de amor, sus pasiones, sus frustraciones. Como siempre, intentaría en vano retener algo del silente escape de la urbe por el ventanal, de

la inmensa reproducción del cuadro de Goya, del blanco y negro del piano, de los sofás de cuero; escrupuloso, evitaría el refrigerador, para culminar el trayecto de sus ojos en el bar, hasta donde iría en busca de otro trago.

Fue el ruido de la ciudad el que terminó por sacar a Felipe del letargo borroso en el que estaba sumido y del que los movimientos de Laura lo habían arrebatado a medias. Contempló el breve abrazo de los cubos de hielo. Miró la hora, aún quedaba tiempo para otra copa, antes de que los invitados llegaran. El cuarto se le presentaba confuso; dio un lento vistazo por la ciudad que se perdía lejana, por el resto de la habitación. Un poco mareado trató de levantarse. Vio como los pies de Laura se descruzaban para permitir la espléndida aparición de sus formas. Vio los labios de Laura acoger una pálida sonrisa, miró sus blancos dedos posarse en el vaso. La escuchó alejarse imaginando el recorrido que observaría hasta llegar al bar. El sonido del licor deslizándose por las paredes de cristal y el choque de los cubos de hielo en el fondo del vaso martillaron sus tímpanos. Felipe, cada vez más sofocado, veía cómo las rodillas de Laura se doblaban y desdoblaban a medida que se le acercaba. Mareado, recibió de sus negros dedos el trago. La conocía hasta el cansancio: ingenua, pediría la botella de champán que él tenía a su lado, y se serviría la próxima copa.

II

Apreciaron en su total magnitud el avance de la luna por el azul rotundo del firmamento, sin sombra de estrellas. Con el tiempo las reuniones se habían librado del nerviosismo de los encuentros iniciales. Laura y Felipe, gracias al hermetismo que rodeaba sus acciones y a la certeza de cada golpe se habían garantizado un aura de respetabilidad y confianza con sus clientes. La pareja de anfitriones estaba parada frente al enorme ventanal, refugiados el



Ethel Gilmour. *Fumigando con glifosato*. Óleo sobre tela.
140 x 110 cm. 1987. Colección privada

uno en el otro, mirando la luna con cariñosa aquiescencia. Felipe, ebrio, había vuelto a sentarse. Laura permaneció absorta en la visión alucinada de aquel espectáculo.

Veía el reflejo de Felipe en la ventana. No quería mirarlo y encontrarse con el brillo apagado de sus ojos, en los que desde años atrás la música era una sucesión de notas grises. Quería evitarse reproches para los que no tenía ni quería hallar respuesta. Lo veía distraído, con el rostro demacrado y un poco sudoroso, pero sin abandonar el gesto de cortesía que le era propio: tal vez recordara el legado de sus amores pirotécnicos o la partitura inacabada que alguna mujer con sus manos, con cualquier otro pretexto, hubiera comenzado interpretar

para él. Laura, sofocada, sentía como su cabeza había comenzado a ceder ante el influjo del champán. Una leve punzada en el estómago la devolvió al estío de sus días con Felipe, a los proyectos desmesurados y al brillo en sus ojos cuando los discutían. Le resultaba curiosa la forma en que la vida los había sumido en la niebla. Los proyectos se habían desvanecido víctimas de las pocas oportunidades para ser artistas en un país sin artistas, y luego, porque habían visto en el trabajo la posibilidad de procurarse una revancha social que no habrían alcanzado por otro medio. El trabajo realizado a conciencia les había dado la oportunidad de crear otro tipo de arte más acorde con sus expectativas. Una nueva punzada en el estómago le recordó que, tal vez, Felipe terminaba su trago y comenzaba a sumirse en ese letargo sin regreso que, en los últimos meses, significaba su dipsomanía.

En los cristales, el reflejo de Laura se superponía a la pálida y casi total circunferencia. El malestar que minutos antes Felipe experimentaba como algo lejano se agudizó con la momentánea visión. No sentía muchos deseos de hablar; lo mejor sería apartarse de la ventana y reposar antes de la llegada de los invitados. Las palabras de Laura le llegaban como ráfagas heladas; contemplaba los trazos perfectos de los que surgía su espalda, el ir y venir acompasado de sus brazos. La veía borrosa, nítida, fiel al recuerdo que su memoria había transcrito para él desde su primer encuentro. Cuando sorbió el trago, sintió náuseas. Recordó las dudas que los desmayos y mareos de Laura habían suscitado; no dejaba de ser irónico que tantos años de experiencia terminaran por revertirse contra uno de los dos. El tiempo de convivencia, el encierro en el apartamento, primero obligatorio, después consensuado, cuando vieron que no necesitaban salir, que su mundo estaba allí, había creado nexos cuya evocación los vulneraba. Aun así, comprobadas sus dudas con respecto al embarazo de Laura, no pudo aplazar la decisión ni

pasar por alto aquel error. Después de aquella noche, de Laura sólo preservaría (como una medalla más) en la quieta transparencia del formol, aquellos brazos que le habían dictado la música durante años, mientras su voz se difuminaría lenta, como la promesa de mejores destinos para ambos. Sintió cómo los brazos de Laura lo rodeaban, temblando, al comprobar la cercanía de sus dedos en sus dedos; le entregó la copa con sumisión, dispuesto a despachar el próximo trago.

III

La voz de Laura de pronto se hizo más cálida, alejada por un instante de su frialdad habitual; pareció como si pensara en otra cosa. De espaldas a Felipe, pasaba de una mano a otra el afilado escalpelo. Se retiró de la ventana, se alejó de la ciudad, recorrió con sus ojos de lince, palmo a palmo, aquel apartamento en el que habían sido felices, en el que se habían refugiado del mundo para hacer surgir su gran obra de arte, antes de clavar su mirada en Felipe, que intentaba en vano levantarse.

De pronto, la cadencia deliciosa de esa voz durmió el dolor que taladraba su cabeza. En la dispersa ebriedad del cianuro la vio borrosa, pero sus palabras persistían de un lado para otro del salón, diáfanas, inalcanzables, hasta moldear las extremidades que dictarían la música sugerida por su voz, la música, apresada en la inmovilidad de tantos brazos coleccionados a través de años de juicioso trabajo. Con aplicación de artesanos habían convertido el oficio de la ablación en una inconclusa obra de arte que, solo y ahora, sus propios cuerpos deberían culminar. Comprendió que esa noche no tendrían invitados: ellos eran a la vez anfitriones y comensales. La escuchó moverse por el apartamento, pronunciar con dulzura las frases que conocía hasta la saciedad. Faltaba poco para que ella misma lo acompañara en su letargo. Sabía, desde el inicio de la tarde, que la

mitad de todo aquello se limitaba a un asunto de negocios; el resto, como era natural, surgía de la necesidad de prolongarse, de los mutuos errores que, al igual que en su relación, ya no les permitían continuar con su sociedad. Sintió desprecio por ese último destello de romanticismo que le había impedido desempeñar a cabalidad su papel y descubrir en su cuerpo los rastros del veneno, los síntomas que en otros cuerpos le habían sido inconfundibles. Intentó, de nuevo, incorporarse. Se avergonzó por lo torpe del intento.

Notó los cambios en su voz, el malestar creciente del champán, el mareo lento que la adormecía. Al voltearse para mirar a Felipe, ya no le interesaba parecer distante. Sabía que esta vez, al contemplar su rostro, no buscaba los gestos esquivos que delataran alguna de sus muchas traiciones o la mirada por la que se filtrara algo de amor. Esta vez, buscaba otra cosa: la tristeza en esos ojos que conservaría, a pesar, de la buena suma que estarían dispuestos a pagar por semejante trofeo. Advirtió cómo, de pronto, su voz se hacía más dulce a medida que recitaba las palabras que, durante años, le había oído repetir a Felipe frente a cada una de las víctimas: *le hemos administrado una dosis letal... sobra decirle lo mucho que su discreción facilitaría mi trabajo...* Lo demás era harto conocido: los frascos preparados con anterioridad, el trabajo con la sierra, la limpieza del apartamento, almacenarlo en el refrigerador, quizá al lado de los niños. Mareada y sudorosa se dijo a sí misma, recuperando para su voz la frialdad usual, que le esperaba una larga jornada.

Francisco Pulgarín Hernández es escritor, productor y guionista. Productor y asesor de guion de la película *La mujer del animal*. Médico cirujano de la Universidad de Antioquia, fue finalista en los 50 Premios Nacionales de Cultura Universidad de Antioquia en la modalidad cuento.